

Sigmund FREUD (1915c)
Pulsiones y destinos pulsionales
(Triebe und Tribschicksalen)

NOTA DE PRESENTACIÓN

Introducción general a los trabajos metapsicológicos

*Freud publicó sus primeras aportaciones extensas a la teoría de la estructura y la dinámica o funcionamiento del aparato psíquico en el capítulo VII de la Interpretación de los sueños (1900a), donde incorporó, en un lenguaje más propiamente psicológico, gran parte de las ideas que había desarrollado en su Proyecto de una psicología científica (1895) (véase nuestra versión del mismo en www.auladepsicoanalisis.com enlace Textos). Posteriormente y a excepción de algunas aportaciones ocasionales más breves, pasaron más de diez años antes de que Freud realizara nuevas aportaciones teóricas; en particular cabe destacar sus “Formulaciones sobre los dos principios de la función psíquica” (1911). En 1915, y poco después de publicar su Introducción al narcisismo (1914), que también constituye una importante aportación en este sentido, pretendía publicar ciertos desarrollos de su teoría al respecto en lo que se conocen como Trabajos sobre Metapsicología, su proyecto incluía 12 ensayos en forma de libro, bajo el título de Trabajos preliminares para una metapsicología (*Zur Vorbereitung einer Metapsychologie*), como señala en una nota al cuarto de estos trabajos:*

«Esta serie tiene como propósito aclarar y profundizar las hipótesis teóricas que podrían constituir los elementos básicos o fundamentales para la sistematización de una teoría psicoanalítica.» (“Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños” (1917 [1915]), A., XIV, 221 n. 1. Trad. ligeramente modificada por nosotros)

El plan de Freud puede reconstruirse de acuerdo con su Correspondencia (en particular con Ferenczi, pero asimismo con Abraham y Jones). Su libro constaría de 12 capítulos, que serían como sigue¹:

- I. “Pulsiones y destinos pulsionales”
- II. “Lo inconsciente”
- III. “La consciencia”
- IV. “La represión”
- V. “La sublimación”
- VI. “Suplemento metapsicológico a la teoría de los sueños”
- VII. “Duelo y melancolía [depresión]”
- VIII. “La angustia. Histeria de angustia”
- IX. “Conversión somática. Histeria de conversión”
- X. “Desplazamiento psíquico. Neurosis obsesiva”
- XI. “Proyección. Paranoia”
- XII. “La transferencia. Neurosis de transferencia”²

¹ En rojo, los que no llegaron a publicarse porque no se escribieron, se destruyeron o están perdidos.

² Publicado posteriormente (1984) a partir de un borrador manuscrito enviado a Ferenczi (28 de julio de 1915), donde señala específicamente que se trata del cap. XII de su ensayo. Publ. en castellano en una traducción de Antoni Vicens por Ed. Ariel, Barcelona, 1989

Observando estos capítulos podemos ver que corresponden a cierta lógica o sistematización de la teoría: el motor pulsional y deseante (I), los dos sistemas psíquicos opuestos y en posible conflicto: Inconsciente (II) y consciente (III), el proceso defensivo general insatisfactorio, asimismo como destino pulsional: la represión (IV), y satisfactorio, el cuarto destino pulsional: la sublimación (V), las formaciones del inconsciente en relación con la regresión, y la repetición como retorno de lo reprimido, aquí ejemplificadas en el complemento de los sueños (VI). Los mecanismos psíquicos de defensa que desembocan en un proceso psicopatológico: la introyección que lleva al duelo, a la depresión y a la manía (locura maniaco-depresiva) (VII), la angustia que lleva a la neurosis de angustia, o a la histeria de angustia (fobia) (VIII), la conversión somática que caracteriza a la histeria de conversión o a la hipocondría (IX), el desplazamiento de las neurosis obsesivo-compulsivas (TOC) (X), la proyección vinculada a la paranoia y a los delirios paranoicos (XI), y finalmente el tratamiento analítico de todos estos procesos inconscientes gracias a la transferencia y a la neurosis de transferencia (XII).

El hecho de que estos ensayos se produjeron durante la Primera Guerra Mundial posiblemente está vinculado con las dificultades de su publicación. Los tres primeros artículos (I, II y IV) se publicaron en 1915 y los dos últimos (VI y VII) en 1917, aunque según parece todos ellos fueron escritos en 7 semanas, entre el 15 de marzo y el 4 de mayo de 1915. Al parecer en los tres meses siguientes Freud habría escrito los otros siete artículos que completarían la colección pero que nunca publicó, y se perdieron o fueron destruidos por el propio Freud, salvo el XII ya mencionado (véase nota 2), pues no se ha encontrado rastro alguno de ellos.

En la correspondencia con Lou Andreas-Salomé, y a pesar de que Freud le señala a finales de julio que «su libro con 12 ensayos está concluido, salvo la necesaria revisión para acomodar y adecuar entre sí los diferentes ensayos», en otra carta del 25 de mayo de 1916, afirma que su libro no puede publicarse antes de que termine la guerra, e incluso quién sabe cuánto tiempo después de esta anhelada fecha. Una vez finalizada la guerra y concretamente en carta del 18 de marzo de 1919, Lou Andreas-Salomé, le pregunta directamente: «¿Dónde están los capítulos restantes de su Metapsicología, que ya estaban terminados?» A lo que Freud le responde en carta del 2 de abril del mismo año:

*«¿Dónde está mi Metapsicología? En primer lugar, todavía no la escribí, pues no logré elaborar el material de una manera sistemática y que me convenza; la índole fragmentaria de mis observaciones y el carácter esporádico de mis ideas no me lo han permitido aún. Sin embargo, puedo esperar que si vivo diez años más, puedo seguir trabajando durante todo ese tiempo y no me muero de hambre, si no soy asesinado, si no quedo demasiado hundido por la desgracia de mi familia o de quienes me rodean —y todo esto es pedir que se den muchas condiciones—, entonces posiblemente podré hacer nuevas contribuciones a ella. En esta línea, una primera contribución estará contenida en el ensayo en el que estoy trabajando: *Más allá del principio de placer* [...]» (S. Freud / Lou Andreas Salomé. *Correspondencia*, Ed. E. Pfeiffer, Francfort, 1966 [Trad. cast. en S. XXI])*

Sobre "Pulsiones y destinos [vicisitudes] pulsionales"

En el ensayo que nos ocupa, Pulsiones y destinos pulsionales (Triebe und Tribschicksalen), el primero de esos trabajos metapsicológicos a que nos hemos

*referido en la introducción general anterior, trata de ese término teórico fundamental que subsume a su vez un "concepto fundamental" (Grundbegriff) de la teoría psicoanalítica, la **pulsión** (Trieb), concepto necesario como base para desarrollar el resto de conceptos metapsicológicos, al modo de un a priori concreto, al modo de una plataforma epistemológica estructural de la Metapsicología propia del psicoanálisis. En un primer tiempo Freud va a definir la pulsión; en segundo término sus elementos constituyentes y las características de las pulsiones sexuales, para finalmente en un tercer tiempo examinar los "destinos de las pulsiones".*

La pulsión, definida como una excitación o estímulo o incitación para lo psíquico, que para Freud toma su fuente en lo orgánico-corporal, se presenta como una constante inherente a la condición de ser vivo del humano y, por tanto frente a la que no cabe la huida. Correlativamente se formula como "un concepto-límite, en la frontera entre lo anímico o lo psíquico y lo corporal o somático", un representante psíquico primero o primario de los estímulos procedentes de lo corporal y que presionan al aparato psíquico, al sujeto, si se quiere, a realizar un trabajo que lleve a satisfacer las exigencias del cuerpo gozante.

*La pulsión dado ese carácter fronterizo es desde un punto de vista psíquico el concepto fundamental y más oscuro de todo proceso psicológico, y por otra parte, todo conflicto podría reducirse en último término a un conflicto pulsional, donde entra en juego la tensión entre las exigencias del Ello, del Superyó/Ideal del yo y de la realidad, con las que el Yo tiene que vérselas y mediar en una economía de difícil equilibrio. Freud habla de un Triebvorstellungrepräsentanz, es decir de una "representancia [agente representante psíquica] de la representación [corporal] pulsional". Una pulsión como tal nunca puede pasar a ser objeto de la consciencia, sólo puede serlo la representación que es su representante, y tampoco en el interior del inconsciente puede estar representada si no es por una representación; lo reprimido es pues un representante pulsional, ya se trate de sensaciones, sentimientos, ideas afectivas, excitaciones, impulsos de deseo, estímulos endógenos o somáticos, el común denominador de los mismos, por así decirlo, sería la pulsión como factor motor de intensidad variable, **presión-fuerza**, que empuja a hacer algo que tiene una **meta**: la satisfacción, y que sólo puede obtenerse por la mediación de un **objeto**, un médium, por cuyo rodeo, o acción específica con el mismo, se remueva el estado de estimulación presente en su **fuentes**, una zona corporal, una parte del cuerpo que representa un proceso somático que parte de otro lugar.*

La pulsión sufre en su pasaje a las condiciones de existencia humanas una serie de vicisitudes o destinos. El término "Schicksal", comúnmente, y aquí también, legítimamente traducido por "destino" debe entenderse como un cierto devenir procesual de las cosas (schicken). Si en singular designa en efecto lexicográficamente: "el conjunto de las cosas de las cuales el individuo no es él mismo en primer término el responsable causal, sino más bien su objeto, efecto de una fuerza, supuestamente superior, que se le impone y que debe afrontar pues dirige de algún modo su vida". El verbo "schicken" aplicado a las cosas designa el hecho de "tener lugar", y de "suceder de una manera determinada". El pasaje de un sentido al otro se hace a través de la idea de una "disposición" que condiciona su devenir y que constituyen su destino. Se notará que en el original alemán está escrito en plural, lo que confirma este segundo sentido, designando las cosas buenas o malas, los acontecimientos felices o desgraciados que se suceden en la vida..

En definitiva es la vida pulsional misma, en sus "destinos" y "vicisitudes" lo que está en juego en este título.

Freud formulará en el texto cuatro destinos que pueden sufrir las pulsiones a lo largo de la vida:

1) La inversión en lo contrario (opuesto), así el viraje de una pulsión de la actividad a la pasividad;

2) la vuelta (reversión) contra (hacia) la propia persona, inversión en cuanto al contenido, así el masoquismo como sadismo vuelto contra el propio yo, exhibicionismo como voyeurismo invertido sobre el yo;

3) la represión;

4) la sublimación.

Serán fundamentalmente los dos primeros destinos que serán objeto aquí de un desarrollo detallado. Siendo los otros dos remitidos a ensayos posteriores. Para el caso de "La represión", Freud le dedicará el ensayo del mismo nombre, y en cuanto a la sublimación, no se publicará.

La causa que Freud formula en su texto, en particular señalemos que está sujeta a una triple polaridad: sujeto (yo)/objeto (mundo exterior, placer/displacer, actividad/pasividad).

Todos los modelos de la pulsión están en primer término referidos a este texto-princeps como texto fuente del concepto.

Así pues, no podemos dejar de recomendar la lectura de este texto fundamental que aquí presentamos en nuestra versión al castellano anotada.

Juan Bauzá

Sigmund FREUD (1915)
Pulsiones y destinos pulsionales
(Triebe und Tribschicksalen)

[EL CONCEPTO DE CIENCIA EN FREUD. LA RELACIÓN ENTRE EL CONCEPTO Y EL MATERIAL EMPÍRICO]

Muchas veces hemos oído formular la exigencia de que una ciencia debe construirse sobre conceptos fundamentales (*Grundbegriffen*) claros y bien definidos. En realidad, ninguna ciencia, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El verdadero comienzo [comienzo real] de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos [que constituirán datos] que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí en un conjunto estructurado [formando sistema]. Y ya para la descripción misma [que de este modo y desde el comienzo deja de ser pura como creería un empirismo ingenuo] es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas (*abstrakte Ideen*) que se recogieron aquí y allá, en todo caso de alguna otra parte, y no ciertamente a partir de la sola experiencia actual. Y más indispensables todavía son esas ideas –de las que devendrán posteriormente los conceptos fundamentales de la ciencia– en una ulterior elaboración del material. Quiere esto decir que al principio [esas primeras ideas para la constitución de una ciencia] comportan necesariamente cierto grado de indeterminación y no puede pensarse [de entrada] en delimitar claramente su contenido [o significación]. Así que mientras se encuentran en ese estado [germinal o “infantil”], tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significación multiplicando las referencias al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les está subordinado³. En rigor, poseen entonces el carácter de convenciones (*Konventionen*)⁴, no obstante lo cual es de gran interés que no se las escoja arbitrariamente, sino que efectivamente estén determinadas por [y puedan apoyarse con o en] relaciones significativas con el material empírico, relaciones que se cree colegir aun antes que se las pueda conocer y demostrar [positivamente]. Sólo después de haber explorado más a fondo el campo de fenómenos considerados en cuestión, es posible aprehender con mayor exactitud también sus conceptos científicos fundamentales y afinarlos para que se vuelvan utilizables en un vasto ámbito, y para que, además, queden por completo exentos de contradicción [sean consistentes]. Entonces quizás haya llegado la hora de formularlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera rigidez [fijeza, inmovilidad] (*Starrheit*) alguna [el progreso de la ciencia sólo es compatible con una total libertad], tampoco en las definiciones. Como lo enseña palmariamente el ejemplo de la física, también los «conceptos fundamentales» fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido (*Inhaltswandel*).

³ Es decir que esas concepciones, aún vagas, determinan de hecho la emergencia misma de los materiales empíricos, no tanto en cuanto causas sino en cuanto posibilidad de revelación del material y de la forma de esa revelación. De lo que Freud nos ofrece aquí un esbozo es de la idea de que la investigación científica, y más en particular en sus comienzos, está guiada, ordenada, por algo que no es ciertamente y propiamente hablando un conjunto de conceptos, un *corpus teórico*, sino más bien una especie de preconcepción todavía imprecisa, implícita más que explícita, que determina una estructuración previa de la mirada y con ella de lo percibido [fenoménico], y que descansa en realidad sobre una especie de acto de fe, de presentimiento que vendrá corroborado o falsado por su futura fecundidad.

⁴ Lacan propuso que sería mejor traducirlo por “ficciones”

[INTRODUCCIÓN DEL CONCEPTO FUNDAMENTAL DE *PULSIÓN (TRIEB)*]

Un concepto fundamental convencional de esa índole, por el momento todavía bastante oscuro, pero del cual en la psicología no podemos prescindir, es el de *pulsión (Trieb)*. Intentemos llenarlo de contenido [connotarlo] desde diversos lados.

[**Estímulo y pulsión**]

Primero **del lado de la fisiología**. Esta nos ha proporcionado el concepto de *estímulo (Reiz)* y el esquema del reflejo (*das Reflexschema*), de acuerdo con el cual un estímulo aportado al tejido vivo (a la sustancia nerviosa) *desde* afuera (*von aussen*) es descargado *hacia* afuera (*nach aussen*) mediante una acción. Esta acción será «acorde al fin», en tanto logre sustraerse a la sustancia estimulada de la influencia del estímulo, la aleja del campo [ámbito] en que el estímulo opera⁵.

Ahora bien, ¿qué relación mantiene la «pulsión» con el «estímulo»? Nada nos impide subsumir el concepto de pulsión bajo el de estímulo: la pulsión sería un estímulo para lo psíquico⁶. Pero, enseguida advertimos que no hemos de equiparar pulsión y estímulo psíquico, pues es evidente que para lo psíquico existen otros estímulos que los pulsionales: los que se comportan de manera muy parecida a los estímulos fisiológicos. Por ejemplo, si una fuerte luz hiera el ojo, no es ese un estímulo pulsional [fisiológico?] [sino externo]; sí lo es [sin duda fisiológico] el sentir sequedad en la mucosa de la garganta o acidez en la mucosa estomacal⁷.

Ahora hemos obtenido material para distinguir entre estímulos pulsionales y otros estímulos (fisiológicos) que influyen sobre el alma. En primer lugar: El estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo (*Erstens: Der Triebreiz stammt nicht aus der Aussenwelt, sondern aus dem Innern des Organismus selbst*). Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo efectivamente. Además: Todo lo esencial respecto del **estímulo** está dicho si suponemos que opera de un solo empujón (*wie ein einmaliger Stoss*); por tanto, se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo (*die motorische Flucht vor der Reizquelle*). Desde luego que tales empujones pueden también repetirse y sumarse, pero esto en nada modifica la concepción del hecho ni las condiciones que presiden la supresión del estímulo. La pulsión, en cambio, no actúa como una fuerza de empuje momentánea (momentane Stosskraft) [como los estímulos externos], sino siempre como una fuerza constante (constante Kraft). Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo (*vom Körperinnern*), una huida de nada puede valer contra ella. Será mejor que llamemos «necesidad» (*“Bedürfnis”*) al estímulo pulsional; y lo que cancela esta necesidad es la «satisfacción» (*“Befriedigung”*). Esta sólo puede

⁵ Este modelo para el procesamiento del estímulo designa un doble movimiento [*desde ... hacia*]. A nivel del estímulo que procede de una relación con el exterior, el estímulo exterior es derivado al exterior por la acción. Entre la ida y la vuelta se produce la acción, aquí fundamentalmente de huida o de evitación del estímulo, pero asimismo la respuesta al mismo de otra índole.

⁶ Las pulsiones aparecería así como una suerte de subconjunto de los estímulos. Con lo que toda pulsión sería un estímulo, pero no todo estímulo una pulsión, que sería un estímulo... *psíquico*.

⁷ [Nota de Freud] Suponiendo desde luego, que estos procesos sean las bases fisiológicas de las necesidades de la sed y del hambre. [Lo que hace de ese estímulo ya no externo al organismo, sino interno, fisiológico, un estímulo pulsional es su representación anímica como sed o hambre, lo que moverá o pulsionará al sujeto a beber o a comer. El estímulo externo o interno sin más no es pues pulsional, requiere otra condición]

alcanzarse mediante una alteración (*Veränderung*), apropiada a la meta (adecuada) (*zielgerechte (adäquate)*), de la fuente interior de estímulo (*der inneren Reizquelle*)⁸.

Imaginemos un ser vivo casi por completo inerte, no orientado todavía en el mundo, que captura estímulos en su sustancia nerviosa. Este ser muy pronto se halla en condiciones de establecer una primera diferencia y de adquirir [con ella] una primera orientación. Por una parte, registra estímulos de los que puede sustraerse mediante una acción muscular (huida), y a estos los refiere a un mundo exterior; pero, por otra parte, registra otros estímulos frente a los cuales una acción así resulta inútil, pues conservan su carácter de presión (*Drang*) constante; estos estímulos son el signo característico [marca] de un mundo interior (*diese Reize sind das Kennzeichen einer Innenwelt*), la prueba de unas necesidades pulsionales (*der Beweis für Triebbedürfnisse*). La sustancia percipiente del ser vivo habrá adquirido así, en la eficacia de su actividad muscular, un punto de apoyo (*einen Anhaltspunkt*) para separar un «afuera» de un «adentro» (*um ein "Aussen" von einem "Innen" zu scheiden*).

Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales (*Hauptcharakteren*), a saber, su procedencia [origen] (*Herkunft*) de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo, y su emergencia [actuación] (*Auftreten*) como fuerza constante (*als constante Kraft*), y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad (*Unbezwingbarkeit*) por acciones de huida. Ahora bien, en el curso de esas elucidaciones no pudo menos que saltarnos a la vista algo que nos impone otra admisión. No sólo aportamos a nuestro material empírico ciertas convenciones en calidad de conceptos fundamentales, sino que nos servimos de muchas *premisas (Voraussetzungen)* complejas para guiarnos en la elaboración del mundo de los fenómenos psicológicos. Ya mencionamos la más importante de ellas; sólo nos resta destacarla de manera explícita. Es de naturaleza *biológica*, trabaja con el concepto de tendencia (eventualmente, el de la condición de adecuado a fines) y dice: El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo [Principio de inercia]. Que no nos escandalice por ahora la imprecisión de esta idea, y atribuyamos al sistema nervioso la función (dicho en términos generales) de *dominar los estímulos (Reizbewältigung)*. Vemos ahora cuánta complicación ha traído la introducción de las pulsiones para el simple esquema fisiológico del reflejo. Los **estímulos exteriores** (*Die äusseren Reize*) plantean una única tarea, la de sustraerse de ellos, y esto acontece mediante movimientos musculares de los que al fin uno alcanza la meta y después, por ser el adecuado al fin, llega a convertirse en disposición heredada. Los **estímulos pulsionales** (*Triebreize*) que se generan en el interior del organismo no pueden tramitarse mediante ese mecanismo. Por eso plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encadenadas entre sí, que modifican el mundo exterior lo suficiente para que satisfaga a la fuente interior de estímulo. Y sobre todo, lo obligan a renunciar a su propósito ideal de mantener alejados los estímulos, puesto que producen un inevitable aflujo continuado de estímulos. Entonces, podemos inferir lógicamente que ellas, las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo. Desde luego, nada impide esta conjetura: las pulsiones mismas, al menos en parte, son decantaciones

⁸ Sería un error pues confundir simplemente *pulsión* con *estímulo*:

En primer lugar, la pulsión no procede del [tiene su fuente en el] exterior, sino del interior;

Por otra parte en la pulsión se trata de [su fin es] la satisfacción, no de la acción, que en todo caso sólo es un medio para aquella.

de la acción de estímulos exteriores que en el curso de la filogénesis influyeron sobre la sustancia viva, modificándola.

Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al *principio de placer*, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello sin duda en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución. La imprecisión de esta hipótesis es considerable; no obstante, nos atenderemos fielmente a ella hasta que podamos, si es posible, colegir la índole del vínculo entre placer-displacer y las oscilaciones de las magnitudes de estímulo que operan sobre la vida anímica. Vínculos de este tipo, por cierto, puede haberlos muy variados y nada simples.

[2ª DEFINICIÓN DE LA NOCIÓN DE PULSIÓN]

Si ahora, desde el aspecto biológico (*von der biologischen Seite*), pasamos a la consideración de la vida anímica, la «pulsión» nos aparece como un concepto-frontera (*Grenzbegriff*) entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico (*als psychischer Repräsentant*) de los estímulos que provienen del interior del cuerpo (*aus dem Körperinnern*) y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo (*der Arbeitsanforderung*) que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su relación con lo corporal (*mit dem Körperlichen*).

[LOS COMPONENTES ELEMENTALES DE LA PULSIÓN]

Ahora podemos discutir algunos términos que se usan en relación con el concepto de pulsión, y son: presión (*Drang*), fin (*Ziel*), objeto (*Objekt*), fuente (*Quelle*) de la pulsión.

Por *presión* [empuje] (*Drang*) de una pulsión se entiende su factor motor [intensidad de empuje], la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa (*dar er repräsentiert*). Ese carácter de lo que empuja (*des Drängenden*) es una propiedad universal de las pulsiones, e incluso su esencia misma (*das Wesen derselben*). Toda pulsión es un fragmento de actividad (*Jeder Trieb ist ein Stück Aktivität*); cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede referirse a otra cosa que a pulsiones [por consiguiente algo de esencia activa y causal] con un fin pasivo.

El *fin* (*Ziel*) de una pulsión es en todos los casos la satisfacción (*ist allemal die Befriedigung*) que sólo puede alcanzarse al cancelar el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Pero si bien es cierto que este fin último (*Endziel*) permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser muy diversos, de suerte que para una pulsión se presenten múltiples fines más próximos o intermediarios [metas intermedias como medios para ese fin último que sería la satisfacción asociada al goce] (*intermediäre*), que se combinan entre sí o se permutan unas por otras. La experiencia nos permite también hablar de pulsiones de «meta inhibida» [coartadas en su fin] (*von "zielgehemmt"*) en el caso de procesos a los que se permite avanzar un trecho en el sentido de [o hacia] la satisfacción pulsional, pero después [o que finalmente] experimentan una inhibición o una desviación [del fin... normal, si ouede decirse así]. Cabe suponer que también con tales procesos va asociada una satisfacción parcial (*eine partielle Befriedigung*).

El *objeto (Objekt)* de la pulsión es aquello (*dasjenige*) en o por [a través de] lo cual la pulsión puede alcanzar su fin. Es lo más variable en la pulsión (*variabelste am Triebe*); no está anudado originariamente con ella (*nicht ursprünglich mit ihm verknüpft*), sino que se le subordina sólo después, como consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción [se trata pues de un objeto que ha dejado huella (como imagen perceptiva significativa en este sentido) al estar asociado a la satisfacción]. No necesariamente es un objeto ajeno (*ein fremder Gegenstand*) [exterior al sujeto]; también puede ser una parte del cuerpo propio (*ein Teil des eigenen Körpers*). En el curso de los destinos vitales de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía [transformaciones] (*gewechselt*); a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles. Puede ocurrir que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones; es, según Alfred Adler⁹ [1908], el caso del *entrelazamiento de pulsiones (Triebverschränkung)*. Un lazo particularmente íntimo de la pulsión con el objeto se acusa como *fijación (als Fixierung)* de aquella. Suele consumarse en períodos muy tempranos del desarrollo pulsional y pone término a la movilidad de la pulsión contrariando con intensidad su desasimiento [primitivo o primigenio].

Por *fuerza (Quelle)* de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado (*repräsentiert*) en la vida anímica por la pulsión. No se sabe si este proceso es por regla general de naturaleza química o también puede corresponder al desencadenamiento de otras fuerzas, mecánicas por ejemplo. El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología; aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus fines. El conocimiento más preciso de las fuentes [supuestamente biológicas o fisiológicas o sencillamente onticas, referidas al ser material o corpóreo] pulsionales en modo alguno es imprescindible para los fines de la investigación psicológica. Muchas veces pueden inferirse retrospectivamente con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus fines.

¿Debe suponerse que las diversas pulsiones que provienen de lo corporal y operan sobre lo anímico se distinguen también por *cualidades* diferentes, y por eso se comportan dentro de la vida anímica de manera cualitativamente distinta? No parece justificado; más bien es suficiente con la hipótesis, más simple, de que todas las pulsiones son cualitativamente de la misma índole, y deben su efecto sólo a las magnitudes de excitación que conducen o, quizás, aun a ciertas funciones de esta cantidad. Lo que distingue entre sí a las operaciones psíquicas que proceden de las diferentes pulsiones puede reconducirse a la variedad de las fuentes pulsionales (*auf die Verschiedenheit der Triebquellen*). Por lo demás, sólo en un contexto posterior podrá aclararse el significado del problema de la cualidad pulsional (*Triebqualität*).

[VARIANTES PULSIONALES]

¿Qué pulsiones pueden establecerse, y cuántas? Es evidente que esto deja mucho lugar a la arbitrariedad. Nada puede objetarse si alguien usa el concepto de pulsión de juego, de pulsión de destrucción, de pulsión de asociación (*Geselligkeitstriebes*), siempre que el asunto lo exija y la rigurosidad del análisis psicológico lo permita. Sin embargo, no puede dejarse de investigar si estos motivos pulsionales (*Triebmotive*), tan unilateralmente especializados, no admiten una ulterior descomposición [en elementos] (*Zerlegung*) en vista de las fuentes pulsionales, de suerte que sólo las pulsiones

⁹ ADLER, A. (1908), "Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose", *Fortschr. Med.*, 26, p. 577.

primordiales (*Urtriebe*), ya no descomponibles (*nicht zerlegbaren*), pudieran tener una significación fundamental (*eine Bedeutung beanspruchen können*).

[Pulsiones del Yo y pulsiones sexuales]

Por mi parte he propuesto distinguir dos grupos de tales pulsiones primordiales: las *pulsiones del Yo* o de *autoconservación* (*Ich- oder Selbsterhaltungstriebe*) y las de las *pulsiones sexuales* (*und die der Sexualtriebe*). Pero no conviene dar a esta clasificación la significación de una premisa necesaria (*die Bedeutung einer notwendigen Voraussetzung*), a diferencia, por ejemplo, de la aceptación sobre la tendencia biológica del aparato anímico; ella es solamente una construcción auxiliar (*Hilfskonstruktion*) que sólo ha de mantenerse mientras resulte útil, y cuya sustitución por otra más apropiada en poco alterará los resultados fundamentales de nuestro trabajo descriptivo y ordenador. La ocasión que movió a establecerla surgió del desarrollo histórico mismo del psicoanálisis, que tomó como su primer objeto las psiconeurosis, más precisamente el grupo de las llamadas «neurosis de transferencia» (la histeria y la neurosis obsesiva), y en ellas obtuvo la intelección de que en la raíz de cada una de esas afecciones se hallaba un conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las del Yo (*ein Konflikt zwischen den Ansprüchen der Sexualität und denen des Ichs*). Comoquiera que sea, es posible que un estudio más exhaustivo de las otras afecciones neuróticas (sobre todo de las psiconeurosis narcisistas: las esquizofrenias) nos obligue a modificar o enmendar esa fórmula (*Formel*) y, por tanto, a agrupar de otro modo las pulsiones primordiales. Pero en la actualidad no conocemos esa fórmula nueva y tampoco hemos descubierto argumento alguno desfavorable a la contraposición entre pulsiones del Yo y pulsiones sexuales.

En general, me parece dudoso que sobre la base de la elaboración del material psicológico se puedan obtener indicios decisivos para la división y clasificación de las pulsiones. A los fines de esa elaboración, parece más bien necesario aportar al material determinados supuestos acerca de la vida pulsional, y sería deseable que se los pudiera tomar de otro ámbito para transferirlos a la psicología. Lo que la biología dice sobre esto no contraría por cierto la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. La biología enseña que la sexualidad no ha de equipararse a las otras funciones del individuo, pues sus tendencias van más allá de él y tienen por contenido la producción de nuevos individuos, vale decir, la conservación de la especie. Nos muestra, además, que dos concepciones del vínculo entre Yo y sexualidad coexisten con igual título una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal; esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporal y transitorio del plasma germinal, casi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación. La hipótesis de que la función sexual se distingue de los otros procesos corporales por un quimismo particular constituye, por lo que sé, también una premisa de la escuela de investigación biológica de EHRLICH¹⁰.

Puesto que el estudio de la vida pulsional a partir de lo Consciente ofrece dificultades apenas superables, la exploración psicoanalítica de las perturbaciones del alma sigue siendo la fuente principal de nuestro conocimiento. Pero, debido a la trayectoria que ha seguido en su desarrollo, el psicoanálisis ha podido aportar hasta ahora datos más o menos satisfactorios únicamente sobre las pulsiones sexuales; es que sólo este grupo pudo observarse como aislado en las psiconeurosis. Cuando el

¹⁰ Paul EHRLICH (1854-1915)

Científico y médico alemán. Su investigación se halla en el origen de la quimioterapia.

psicoanálisis se extienda a las otras afecciones neuróticas, sin duda obtendremos también una base para conocer las pulsiones yoicas, aunque en este nuevo campo de estudio parece desmedido esperar condiciones tan favorables a la observación.

[Las pulsiones sexuales]

Con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales puede enunciarse lo siguiente: Son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del *placer de órgano (Organlust)*; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción* [función genital, de transmisión] (*Fortpflanzungsfunktion*), en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. En su primera aparición se apoyan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se desasen; también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, a las cuales proveen de componentes *libidinosos* que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad. Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias (*sublimación*).

[DESTINOS DE LAS PULSIONES SEXUALES]

Tendremos que limitar a las pulsiones sexuales, mejor conocidas por nosotros, la indagación de los destinos que las pulsiones pueden experimentar en el curso de su desarrollo. La observación nos enseña a reconocer, como destinos de pulsión (*Tribschicksale*) de esa índole, los siguientes:

- [1] La inversión en lo contrario [opuesto] (*Die Verkehrung im Gegenteil*).
- [2] La vuelta [inversión] contra [hacia] la persona propia (*Die Wendung gegen die eigene Person*).
- [3] La represión (*Die Verdrängung*).
- [4] La sublimación (*Die Sublimierung*).

Puesto que no tengo proyectado tratar aquí la **sublimación**¹¹, y como la **represión**¹² exige un capítulo especial, sólo nos resta describir y examinar los dos primeros puntos. Atendiendo a los motivos [las fuerzas] que contrarrestan una prosecución directa de las pulsiones, los destinos pulsionales pueden ser presentados también como especies [variedades] de la *defensa* contra las pulsiones (*auch als Arten der Abwehr gegen die Triebe darstellen*).

¹¹ La *sublimación* como hemos señalado en nuestra nota de presentación constituiría uno de los ensayos metapsicológicos que Freud no llegó a publicar.

¹² Constituirá uno de los capítulos de sus trabajos metapsicológicos. Véase “La represión” (1915), en A., XIV, pp. 135-152.

[La inversión¹³ en lo contrario (opuesto)]

La *inversión en lo contrario [opuesto]* se resuelve, ante una consideración más atenta, en dos procesos diversos: [a] la *vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad*¹⁴, y [b] la *inversión de contenido (inhaltliche Verkehrung)*¹⁵. Por ser ambos procesos de naturaleza diversa, también ha de tratárselos por separado.

Ejemplos del primer proceso [a] brindan los pares de opuestos sadismo [placer de maltratar]-masoquismo [placer de ser maltratado] y voyeurismo [placer de mirar]-exhibición [placer de ser mirado]. La inversión sólo atañe a las *metas (Ziele)* de la pulsión [se pasa de una meta activa a una meta pasiva]; la meta activa –maltratar (*quälen*), mirar (*beschauen*)- es remplazada por la pasiva -ser martirizado (*gequält werden*), ser mirado (*beschaut werden*)-. La inversión de contenido [b] se descubre en este único caso: la transformación del amor en odio (*der Verwandlung des Liebens in ein Hassen*).

[La vuelta (inversión) hacia (contra) la persona propia]

La vuelta hacia la persona propia se nos hace más comprensible si pensamos que el masoquismo es sin duda un sadismo vuelto hacia el propio Yo [sadismo como maltratar a otro-masoquismo como maltratar a sí mismo (maltratar-se)], y la exhibición lleva incluido el mirarse el cuerpo propio [el pasaje del mirar a otro (voyeurismo) al mirar a sí mismo (mirarse, contemplarse [autocomplacencia])]¹⁶. La observación analítica no deja subsistir ninguna duda en cuanto a que el masoquista [que se hace maltratar] goza compartidamente la furia que se abate sobre su persona [el goce de ser maltratado es asimismo un goce de maltratarse], y el exhibicionista, su desnudez [el goce de ser mirado es asimismo un goce de mirarse en el otro]. Lo esencial en este proceso es entonces el cambio (*der Wechsel*) del *objeto*, manteniéndose [aquí] inalterada la meta [activa en ambos casos].

Entretanto, no puede escapárenos que vuelta hacia la propia persona [p. ej. mirar → mirar-se] e inversión de la actividad a la pasividad [siguiendo con el mismo ejemplo: mirar → ser mirado] convergen o coinciden [confluyen] en estos ejemplos

¹³ Llamaremos *inversión* en sentido amplio a la transformación de una idea, de una representación, de una figura lógica, de una imagen del sueño, de un síntoma, de un afecto, etc. en su contrario, quedando por explicitar a qué nos referimos cuando hablamos de su “contrario” u “opuesto”. Freud puso primeramente en evidencia ese proceso de inversión en *La interpretación de los sueños*. Este podía llevar sobre características de los objetos o de las personas: así un objeto *pequeño* puede aparecer como un objeto muy *grande* en el sueño, una persona *inteligente* puede aparecer como un *estúpido*, etc. Ciertas figuras lógicas pueden asimismo aparecer invertidas, así la contradicción puede figurarse en el sueño en una condensación en que se confunden los contrarios. La conclusión de un silogismo puede aparecer como premisa, el efecto de un incidente como introducción de la causa. Pero aquí nos interesa la inversión como un proceso que afecta a los destinos o vicisitudes de las pulsiones en cuanto a su traducción en afecto (por ejemplo la transformación del amor en odio o inversamente, como ocurre en la formación reactiva), en cuanto a su finalidad (por ejemplo de activo en pasivo), en cuanto a su objeto (en particular la inversión de la persona de otro sobre la persona propia).

¹⁴ A nivel de enunciado esa inversión se refleja a nivel del verbo, en el pasaje del verbo de la voz activa a la voz pasiva. Véanse los ejemplos del párrafo siguiente.

¹⁵ A nivel del enunciado esa inversión se refleja asimismo a nivel de la categoría gramatical del verbo, en esta caso en el pasaje de un verbo a su antónimo. Véase el ejemplo en el párrafo siguiente

¹⁶ En este caso, a nivel de enunciado podemos observar como la transformación afecta al objeto sobre el que recae la acción, al cambio del objeto de la pulsión, en este caso del otro como objeto a uno mismo, es decir la propia imagen de sí como objeto. A nivel de verbo el pasaje de la voz activa a la voz reflexiva.

[mirar-se = ser mirado por sí mismo]. Para esclarecer estos vínculos se hace indispensable una investigación más a fondo.

[AMPLIACIÓN DE LA INVERSIÓN EN LO CONTRARIO]

[LA INVERSIÓN DE LA ACTIVIDAD EN PASIVIDAD]

[Sadismo y Masoquismo]

En cuanto al par de opuestos sadismo-masoquismo, el proceso puede presentarse del siguiente modo:

a) El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto (*gegen eine andere Person als Objekt*).

b) Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la transformación de la meta pulsional activa en una pasiva.

c) Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la transformación sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto¹⁷.

El caso *c* es el del masoquismo, como comúnmente se lo llama. La satisfacción se obtiene, también en él, por el camino del sadismo originario, en cuanto el yo pasivo se traslada en la fantasía a su puesto anterior, que ahora se deja al sujeto ajeno. Es sumamente dudoso que exista también una satisfacción masoquista más directa. No parece haber un masoquismo originario que no se engendre del sadismo de la manera descrita¹⁸. El supuesto de la etapa *b* no es superfluo, como lo revela la conducta de la pulsión sádica en la neurosis obsesiva. Aquí hallamos la vuelta hacia la persona propia sin la pasividad hacia una nueva. La transformación llega sólo hasta la etapa *b*. De la manía de martirizar se engendran automartirizarse, autocastigarse, no masoquismo. El verbo en voz activa no se muda a la voz pasiva, sino a una voz media reflexiva.

La concepción del sadismo es perjudicada también por la circunstancia de que esta pulsión parece perseguir, junto a su meta general (quizá mejor: en el interior de esta), una acción-meta muy especial. junto a la humillación y al sojuzgamiento, el infligir dolores. Ahora bien, el psicoanálisis parece demostrar que el infligir dolor no desempeña ningún papel entre las acciones-meta originarias de la pulsión. El niño sádico no tiene en cuenta el infligir dolores, ni se lo propone. Pero, una vez que se ha consumado la conversión (*die Umwandlung*) al masoquismo, los dolores se prestan muy bien a proporcionar una meta masoquista pasiva, pues tenemos todas las razones para suponer que también las sensaciones de dolor, como otras sensaciones de displacer, pueden promover una excitación sexual y producir un estado placentero en aras del cual puede consentirse aun el displacer del dolor (*die Unlust des Schmerzes*)¹⁹. Y una vez que el sentir dolores se ha convertido en una meta masoquista, puede surgir retrogresivamente la meta sádica de infligir dolores; produciéndolos en otro, uno mismo

¹⁷ Aunque el sentido general de estos pasajes es más o menos claro, puede haber alguna confusión en el término *sujeto*. Por regla general, *sujeto* y *objeto* designan en Freud, respectivamente, a la persona en quien se origina la pulsión o cualquier otro estado psíquico, su agente, y a la persona o cosa a la cual aquella se dirige. Aquí sin embargo, “sujeto” parece designar a la persona que desempeña el papel activo en la relación.

¹⁸ En trabajos posteriores, en particular desde su artículo sobre “El problema económico del masoquismo” (1924), Freud será partidario de una concepción opuesta a la que defiende aquí al respecto.

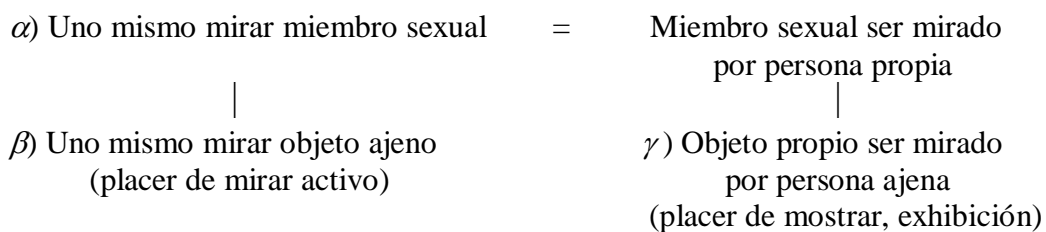
¹⁹ No se trataría exactamente del “displacer del dolor”, sino más bien de una sensación placentera asociada a una sensación de dolor más o menos controlada (Véase el texto de SACHER-MASOCH, L., *La Venus de las pieles*, de donde procede el término “masoquismo”)

los goza de manera masoquista en la identificación con el objeto que sufre. Desde luego, en ambos casos no se goza el dolor mismo, sino la excitación sexual que lo acompaña, y como sádico esto es particularmente cómodo. El gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico.

Para hacer un recuento completo, agregó que la *compasión* (*Mitleid*²⁰) no puede describirse como un resultado de la transformación pulsional desde el sadismo, sino que exige la concepción de una *formación reactiva* (*Reaktionsbildung*) contra la pulsión (acerca de esta diferencia, véase más adelante).

[Voyeurismo y Exhibicionismo]

Resultados algo diversos y más simples ofrece la indagación de otro par de opuestos: el de las pulsiones que tienen por meta, respectivamente, el mirar (*die das Schauen*) y el mostrarse (*Sichzeigen*) («voyeur» y exhibicionista en el lenguaje de las perversiones). También aquí pueden distinguirse las mismas etapas que en el caso anterior: *a*) El mirar como *actividad* dirigida a un objeto ajeno; *b*) la resignación [el abandono] (*das Aufgeben*) del objeto, la vuelta de la pulsión de mirar hacia una parte del cuerpo propio, y por tanto la inversión en pasividad y el establecimiento de la nueva meta: ser mirado [hacerse mirar] (*beschaut zu werden*); *c*) la inserción (*die Einsetzung*) de un nuevo sujeto, al que uno se muestra a fin de ser mirado por él (*dem man sich zeigt, um von ihm beschaut zu werden*). Apenas puede dudarse de que la meta activa aparece también más temprano que la pasiva, el mirar precede al ser-mirado. Pero una importante divergencia con el caso del sadismo reside en que en la pulsión de mirar ha de reconocerse una etapa todavía anterior a la que designamos *a*. En efecto, inicialmente la pulsión de mirar es autoerótica, tiene sin duda un objeto, pero este se encuentra en el cuerpo propio. Sólo más tarde se ve llevada (por la vía de la comparación) a permutar este objeto por uno análogo del cuerpo ajeno (etapa *a*). Ahora bien, este grado previo presenta interés porque de él se siguen las dos situaciones del par de opuestos resultantes, según que el cambio ocurra en un lugar o en el otro. El esquema de la pulsión de mirar podría ser este:



Una etapa previa semejante falta en el sadismo, que desde el comienzo se dirige a un objeto ajeno; empero, no sería del todo disparatado construirla a partir de los empeños del niño que quiere hacerse amo de sus propios miembros [véase n. 18].

Para los dos ejemplos de pulsión aquí considerados vale esta observación: la transformación pulsional mediante conversión de la actividad en pasividad y mediante vuelta sobre la persona propia nunca afecta, en verdad, a todo el monto de la moción pulsional. La dirección pulsional más antigua, activa, subsiste en cierta medida junto a la más reciente, pasiva, aunque el proceso de la trasmudación pulsional (*Triebumwandlung*) haya sido muy extenso. El único enunciado correcto acerca de la

²⁰ Literalmente: “sufrir con”.

pulsión de mirar sería este: Todas las etapas de desarrollo de la pulsión, tanto la etapa previa autoerótica cuanto las configuraciones finales (*Endgestaltung*) activa y pasiva, subsisten unas junto a las otras; y esta aseveración se hace evidente si en lugar de las acciones pulsionales se toma como base del juicio el mecanismo de la satisfacción. Quizás esté justificado además otro modo de concepción y de explicitación. Podemos descomponer toda vida pulsional en oleadas singulares, separadas en el tiempo, y homogéneas dentro de la unidad de tiempo (cualquiera que sea esta), las cuales se comportan entre sí como erupciones sucesivas de lava. Entonces podemos imaginar que la primera erupción de lava, la más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo la vuelta a la pasividad, y se agrega con este nuevo carácter a la anterior, etc. Y si después se abarca con la mirada la moción pulsional desde su comienzo hasta un cierto punto de detención [fijación] (*Haltepunkt*), la sucesión descrita de las oleadas proporcionará la imagen de un determinado desarrollo de la pulsión.

El hecho de que en esa época más tardía del desarrollo pueda observarse, junto a una moción pulsional, su opuesto (pasivo), merece ser destacado mediante el certero nombre introducido por BLEULER: *ambivalencia*²¹.

El desarrollo pulsional se nos haría comprensible por la referencia a la historia del desarrollo de la pulsión y a la permanencia de las etapas intermedias. La experiencia nos indica que la cuantía de la ambivalencia comprobable varía en alto grado entre los individuos, grupos humanos o razas. Una extensa ambivalencia pulsional en un ser vivo actual puede concebirse como una herencia arcaica, pues tenemos razones para suponer que la proporción de las mociones activas, no transformadas, ha sido mayor en la vida pulsional de épocas primordiales que, en promedio, en la de hoy.

Nos hemos acostumbrado, sin examinar al comienzo el vínculo entre autoerotismo y narcisismo, a llamar *narcisismo* a la fase temprana de desarrollo del Yo, durante la cual sus pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica. Deberíamos entonces decir que la etapa previa de la pulsión de mirar -en que el placer de mirar tiene por objeto al cuerpo propio- pertenece al narcisismo, es una formación narcisista. Desde ella se desarrolla la pulsión activa de mirar, dejando atrás al narcisismo; pero la pulsión pasiva de mirar retiene el objeto narcisista. De igual modo, la conversión del sadismo al masoquismo implica un retroceso hacia el objeto narcisista; y en los dos casos [o sea, el del placer pasivo de mirar y el del masoquismo] el sujeto narcisista es permutado por identificación con un Yo otro, ajeno. Si consideramos la etapa previa del sadismo, esa etapa narcisista que construimos, alcanzamos una intelección más general: los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el Yo propio y en la inversión de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del Yo y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden, quizás, a los intentos de defensa que en etapas más elevadas del desarrollo del Yo se ejecutan con otros medios.

Aquí caemos en la cuenta de que hasta ahora sólo sometimos a examen el par de opuestos pulsionales: sadismo-masoquismo y placer de mirar-placer de mostrar. Son

²¹ El término *ambivalencia* ("*Ambivalenz*") fue efectivamente introducido como tal por BLEULER, E., en un artículo de 1910 ("*Vortrag über Ambivalenz*") y desarrollado en su libro publicado en 1911: *Demencia precoz, o el grupo de las esquizofrenias*, del que existe traducción al castellano. Bleuler concretamente distingue tres tipos de ambivalencia: 1) la *afectiva o emocional*, o sea la oscilación entre el amor y el odio dirigidos hacia una misma persona o cosa; 2) la *volitiva o conativa*, o sea la incapacidad de decidir acerca de la realización de una acción; 3) la *cognitiva o intelectual*, o sea la creencia en proposiciones contradictorias. En este último sentido podemos decir que si la lógica clásica es bivalente, y no tolera la contradicción, la lógica de lo inconsciente es una lógica modificada ambivalente, es decir que debe incluir de un modo que habrá de especificarse el principio de contradicción. Freud aquí utiliza el término, al menos explícitamente, únicamente en el primero de los sentidos.

estas las más conocidas de las pulsiones sexuales que se presentan como ambivalentes. Los otros componentes de la función sexual más tardía no han resultado aún lo bastante asequibles al análisis como para que podamos elucidarlos de manera parecida. De ellos podemos decir, en general, que actúan de modo *autoerótico*, es decir, su objeto se eclipsa tras el órgano que es su fuente y, por lo común, coincide con este último. El objeto de la pulsión de mirar es también primero una parte del cuerpo propio; no obstante, no es el ojo mismo. Y en el sadismo, el órgano fuente, que es probablemente la musculatura capaz de acción, apunta de manera directa a un objeto otro, aunque se sitúe en el cuerpo propio. En las pulsiones autoeróticas es tan decisivo el papel del órgano fuente que, según una sugerente conjetura de FEDERN, P. (1913) [«Beiträge zur Analyse des Sadismus und Masochismus, I: Die Quellen des männlichen Sadismus», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, 1, p. 29] y JEKELS (1913b) [«Einige Bemerkungen zur Trieblehre», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, 1, p. 439], forma y función del órgano determinan la actividad o pasividad de la meta pulsional.

[LA INVERSIÓN DE UNA PULSIÓN EN SU CONTRARIO EN CUANTO A SU CONTENIDO MATERIAL: LA TRASPOSICIÓN DEL AMOR EN ODIIO]

La transformación de una pulsión en su contrario (material)²² sólo es observada en un caso: la *trasposición (Umsetzung) de amor en odio*. Puesto que con particular frecuencia ambos se presentan dirigidos simultáneamente al mismo objeto, tal coexistencia ofrece también el ejemplo más significativo de una ambivalencia de sentimientos.

El caso del amor y del odio cobra un interés particular por la circunstancia de que es refractario a ordenarse dentro de nuestra exposición de las pulsiones. El vínculo más íntimo une estos dos sentimientos opuestos con la vida sexual; no podemos dudar de eso, pero naturalmente somos reacios a concebir el amar como si fuera una pulsión parcial de la sexualidad entre otras. Más bien querríamos discernir en el amar la expresión de la aspiración sexual total (*der ganzen Sexualstrebung*), pero tampoco así aclaramos nada y no sabemos cómo habría de comprenderse un contrario material de esa aspiración.

El amar no es susceptible de una sola oposición, sino de tres:

Además de la oposición [1] (la 2 en lo que sigue) amar-odiar,

hay la que media entre [2] (la 3 en lo que sigue) amar y ser-amado,

y, por otra parte, [3] (la 1 en lo que sigue) amar y odiar tomados en conjunto se contraponen al estado de indiferencia.

De estas tres oposiciones, la segunda [2], la que media entre amar y ser-amado, se corresponde por entero con la vuelta de la actividad a la pasividad y admite también, como la pulsión de mirar, idéntica reconducción a una situación básica. Hela aquí: *amarse a sí mismo (sich selbst leben)*, lo cual es para nosotros la característica del narcisismo. Ahora bien, según sean el objeto o el sujeto los que se permuten por uno ajeno, resultan la aspiración de meta activa, el amar, o la de meta pasiva, el ser-amado, de las cuales la segunda se mantiene próxima al narcisismo [ser amado por sí mismo= amarse a sí mismo].

[Las tres polaridades que gobiernan la vida anímica]

²² Es decir, la inversión en cuanto a su contenido.

Quizá nos acerquemos a la comprensión de los múltiples contrarios del amar si consideramos que la vida anímica en general está gobernada por *tres polaridades*, las oposiciones entre:

- (1) *Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior)*.
- (2) *Placer-Displacer*.
- (3) *Activo-Pasivo*.

La oposición entre Yo y no-Yo (afuera), [o sea] sujeto-objeto (1), se impone tempranamente al individuo, como dijimos, por la experiencia de que puede acallar los estímulos exteriores mediante su acción muscular, pero está indefenso frente a los estímulos pulsionales. Esa oposición reina soberana principalmente en la actividad intelectual, y crea para la investigación la situación básica que ningún empeño puede modificar. La polaridad placer-displacer (2) adhiere a una serie de la sensación cuya inigualable importancia para la decisión de nuestras acciones (voluntad) ya pusimos de relieve. La oposición activo-pasivo (3) no ha de confundirse con la que media entre yo-sujeto y afuera-objeto. El Yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una *actividad* hacia el mundo exterior, de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores (*äusseren Reize*), y activo por sus pulsiones propias. La oposición entre activo y pasivo se fusiona más tarde con la que media entre masculino y femenino, que, antes que esto acontezca, carece de significación psicológica. La soldadura (*Die Verlötung*) entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino, nos aparece, en efecto, como un hecho biológico. Pero en modo alguno es tan omnipresente y exclusiva como nos inclinamos a suponer.

[(1) amor-indiferencia²³]

(1) [la 3 en la primera enumeración] Las tres polaridades del alma entran en los más significativos enlaces recíprocos. Existe una situación psíquica originaria en que dos de ellas coinciden. El Yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica, investido por pulsiones (*triebbesetzt*), y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción. El mundo exterior en esa época no está investido con interés (dicho esto en general) y es indiferente para la satisfacción. Por tanto, en ese tiempo el yo-sujeto coincide con lo placentero, y el mundo exterior, con lo indiferente (y eventualmente, en cuanto fuente de estímulos, con lo displacentero). Si por ahora definimos el amar como la relación del yo con sus fuentes de placer, entonces la situación en que sólo se ama a sí mismo y es indiferente al mundo ilustra la primera de las oposiciones en que hemos hallado el «amar».

En la medida en que es autoerótico, el yo no necesita del mundo exterior, pero recibe de él objetos a consecuencia de las vivencias derivadas de las pulsiones de autoconservación del yo, y por tanto no puede menos que sentir por un tiempo como displacenteros ciertos estímulos pulsionales interiores. Ahora bien, bajo el imperio del principio de placer :se consume dentro de él un ulterior desarrollo. Recoge en su interior los objetos ofrecidos en la medida en que son fuente de placer, los introyecta (según la expresión de Ferenczi [1909] (“Introyección y transferencia”), y, por otra parte, expelle de sí lo que en su propia interioridad es ocasión de displacer. (Véase *infra* el mecanismo de

²³ Que Freud pone en correspondencia con la polaridad [*real*] Yo-sujeto / mundo exterior-objeto

la proyección [en otro artículo: “Lo inconsciente” de sus trabajos sobre Metapsicología]).

Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca objetiva, se muda en un *yo-placer* purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro. El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo exterior y siente como hostil. Después de este reordenamiento, ha quedado restablecida la coincidencia de las dos polaridades:

Yo-sujeto [coincide] con placer.

Mundo exterior [coincide] con displacer (desde una indiferencia anterior).

[(2) Amor-odio²⁴]

(2) [La 1 en la primera enumeración] Con el ingreso del objeto en la etapa del narcisismo primario se despliega también la segunda antítesis del amar: el odiar.

Como vimos, el objeto es aportado al yo desde el mundo exterior en primer término por las pulsiones de autoconservación; y no puede desecharse que también el sentido originario del odiar signifique la relación hacia el mundo exterior hostil, proveedor de estímulos. La indiferencia se subordina al odio, a la aversión, como un caso especial, después de haber emergido, al comienzo, como su precursora. Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado.

Ahora reparamos en que así como el par de opuestos amor-indiferencia refleja la polaridad yo-mundo exterior, la segunda oposición, amor-odio, reproduce la polaridad placer-displacer, enlazada con la primera. Luego que la etapa puramente narcisista es relevada por la etapa del objeto, placer y displacer significan relaciones del yo con el objeto. Cuando el objeto es fuente de sensaciones placenteras, -se establece una tendencia motriz que quiere acercarlo al yo, incorporarlo a él; entonces hablamos también de la «atracción» que ejerce el objeto dispensador de placer y decimos que «amamos» al objeto. A la inversa, cuando el objeto es fuente de sensaciones de displacer, una tendencia se afana en aumentar la distancia entre él y el yo, en repetir con respecto a él el intento originario de huida frente al mundo exterior emisor de estímulos. Sentimos la «repulsión» del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse convirtiéndose en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo.

De vernos precisados, podríamos decir que una pulsión «ama» al objeto al cual aspira para su satisfacción. Pero que una pulsión «odie» a un objeto nos suena bastante extraño, y caemos en la cuenta de que los vínculos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los suyos. Por otra parte, la observación del uso lingüístico, pleno de sentido indudablemente, nos muestra otra restricción en el significado del amor y del odio. De los objetos que sirven para la conservación del yo no se dice que se los ama; se

²⁴ Que Freud pone en correspondencia con la polaridad [*económica*] placer / displacer

destaca que se necesita de ellos, y tal vez se expresa la injerencia de una relación de otra índole empleando giros que indican un amor muy debilitado: me gusta, lo aprecio, lo encuentro agradable.

La palabra «amar» se instala entonces, cada vez más, en la esfera del puro vínculo de placer del yo con el objeto, y se fija en definitiva en los objetos sexuales en sentido estricto y en aquellos objetos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas. La división entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología está acorde, pues, con el espíritu de nuestro lenguaje. Si no solemos decir que la pulsión sexual singular ama a su objeto, y en cambio hallamos que el uso más adecuado de la palabra «amar» se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual, esta observación nos enseña que su aplicabilidad a tal relación sólo empieza con la síntesis de todas las pulsiones parciales de la sexualidad bajo el primado de los genitales y al servicio de la función de la reproducción.

Es notable que en el uso de la palabra «odiar» no salga a luz una referencia tan estrecha al placer y a la función sexuales; más bien, la relación de displacer parece la única decisiva. El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras, indiferentemente de que le signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación. Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.

Amor y odio, que se nos presentan como tajantes opuestos materiales, no mantienen entre sí, por consiguiente, una relación simple. No han surgido de la escisión de algo común originario, sino que tienen orígenes diversos, y cada uno ha recorrido su propio desarrollo antes que se constituyeran como opuestos bajo la influencia de la relación placer-displacer. Esto nos impone la tarea de resumir lo que sabemos sobre la génesis del amor y del odio.

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con el quehacer de las posteriores pulsiones sexuales y coincide, cuando la síntesis de ellas se ha cumplido, con la aspiración sexual total. Etapas previas del amar se presentan como metas sexuales provisionales en el curso del complicado desarrollo de las pulsiones sexuales. Discernimos la primera de ellas en el *incorporar* o *devorar*, una modalidad del amor compatible con la supresión de la existencia del objeto como algo separado, y que por tanto puede denominarse ambivalente. En la etapa que sigue, la de la organización pregenital sádico-anal el intento de alcanzar el objeto se presenta bajo la forma del esfuerzo de apoderamiento (*Bemächtigungsdranges*), al que le es indiferente el daño o la aniquilación del objeto. Por su conducta hacia el objeto, esta forma y etapa previa del amor es apenas diferenciable del odio. Sólo con el establecimiento de la organización genital el amor deviene el opuesto del odio.

El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo, de suerte que pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con facilidad pueden entrar en una oposición que repite la oposición entre odiar y amar. Cuando las pulsiones

yoicas gobiernan a la función sexual, como sucede en la etapa de la organización sádico-anal, prestan también a la meta pulsional los caracteres del odio.

La historia de la génesis y de los vínculos del amor nos permite comprender que tan a menudo se muestre «ambivalente», es decir, acompañado por mociones de odio hacia el mismo objeto. Ese odio mezclado con el amor proviene, en parte, de las etapas previas del amar no superadas por completo, y en otra parte tiene su fundamento en reacciones de repulsa procedentes de las pulsiones yoicas, que a raíz de los frecuentes conflictos entre intereses del yo y del amor pueden invocar motivos reales y actuales. En ambos casos, entonces, ese odio mezclado se remonta a la fuente de las pulsiones de conservación del yo. Cuando el vínculo de amor con un objeto determinado se interrumpe, no es raro que lo reemplace el odio, por lo cual recibimos la impresión de que el amor se muda en odio. Pero ahora, superando esa descripción, podemos concebirlo así: en tales casos el odio, que tiene motivación real, es reforzado por la regresión del amar a la etapa sádica previa, de suerte que el odiar cobra un carácter erótico y se garantiza la continuidad de un vínculo de amor.

[(3) amar-ser amado²⁵]

(3) [la 2 en la primera enumeración] La tercera oposición en que se encuentra el amar, la transformación del amar en un ser-amado, responde a la injerencia de la polaridad entre actividad y pasividad y cae bajo idéntica apreciación que los casos de la pulsión de mirar y del sadismo.

Podemos destacar, a manera de resumen, que los destinos pulsionales consisten, en lo esencial, en que las *mociones pulsionales son sometidas a las influencias de las tres grandes polaridades que gobiernan la vida anímica*. De estas tres polaridades, la que media entre actividad y pasividad (3) puede definirse como la *biológica*; la que media entre yo y mundo exterior (1), como la *real*; y, por último, la de placer-displacer (2), como la *económica*.

El destino pulsional que constituye la *represión* será objeto de una indagación posterior.

²⁵ Que Freud pone en correspondencia con la polaridad [*biológica*] actividad / pasividad.